

VIRTUDES, RACIONALIDAD Y EL DESARROLLO MORAL¹

Virtues, Rationality and Moral Development

*Daniel Loewe**

El foco de la psicología moral es el estudio de la vida mental de los agentes morales, incluyendo aspectos tales como la naturaleza y desarrollo de sentimientos, emociones, pensamientos, razonamiento y motivación moral. El objetivo es articular respuestas a preguntas del tipo: ¿qué son y cómo formamos nuestros juicios morales? ¿Influyen los juicios morales en nuestro comportamiento? y si es así, ¿de qué modo? ¿Qué motiva una acción buena, correcta, etc. en vez de una maliciosa, incorrecta, etcétera?

Estos temas han sido de manera habitual enfocados de dos modos que, ya sea en la teoría o al menos en la práctica investigativa, se consideran como excluyentes entre sí. Por una parte, se encuentra la reflexión filosófica moral tradicional que, en general, es ampliamente especulativa. De todas maneras en la filosofía moral abundan las afirmaciones acerca de la estructura del razonamiento y del carácter moral, acerca de las intuiciones de los agentes morales y del rol de las emociones en la motivación moral. Pero estas afirmaciones rara vez son examinadas desde una perspectiva empírica, de ahí su carácter especulativo. Por otra parte, encontramos un enfoque estrictamente empírico. Diferentes disciplinas, como la biología y la neurociencia, pero también la antropología o la economía, recurren a este enfoque para articular respuestas a preguntas como las descritas. En algunos casos, esto lleva incluso a una naturalización de la moral. Aquí se inscriben los estudios realizados por la psicología empírica.

En el último tiempo la psicología moral se ha visto enriquecida por estrategias integrativas de estas dos perspectivas. Así han surgido campos de investigación nuevos, como la filosofía experimental que trata de robustecer la teoría moral testeando de forma empírica algunos de sus supuestos o premisas. Un buen ejemplo de estas tendencias es el muy discutido libro de Anthony Appiah, *Experiments in Ethics*, cuya idea motor es que los resultados de investigaciones empíricas desarrolladas en campos tan variados como la economía, la biología y otras ciencias naturales, y sobre todo la psicología, deberían jugar un rol más importante en el entendimiento de la ética o de la moral (una discusión en Loewe). Por una parte, fortalecer el vínculo con la investigación empírica beneficiaría a las teorías éticas y morales. Por otra, con el restablecimiento de este vínculo la filosofía retornaría a su tradición original que habría sido abandonada con grandes pérdidas en el siglo XX cuando los filósofos se concentraron solo en el análisis conceptual. Según Appiah, una característica central de la tradición original (en la que incluye autores tan disímiles como Platón, Aristóteles, Descartes, Hume, Smith y Mill) es que las investigaciones empíricas sobre la naturaleza humana formarían el núcleo de la reflexión

¹ Núcleo Milenio Modelos de Crisis (NS130017)

filosófica. Por eso Appiah nos invita a reunir otra vez a la economía, a la psicología y a la filosofía, y así reconstituir a las “ciencias morales” (31-32).

Pero ¿por qué serían relevantes los resultados de la psicología empírica para la psicología moral y las teorías morales? Evidentemente tienen un valor en sí, en tanto nos permiten conocer más acerca de la psicología moral de los sujetos y acerca de si las suposiciones de las teorías filosóficas corresponden o no a la realidad. Pero además, tienen un valor instrumental en tanto sirven en el diseño de modos efectivos de intervención en el desarrollo moral. En este artículo investigo en qué medida los resultados de la psicología empírica son relevantes para la teoría moral. En especial, me refiero a resultados que pudiesen ser relevantes para el desarrollo moral. Primero examino algunos desafíos que la psicología experimental presenta a concepciones morales que consideran que el núcleo de la moral es la virtud. Luego examino algunos resultados de la psicología experimental que refieren de manera directa a la relación entre intuiciones y razonamiento en el juicio y en la acción moral. Por último, me refiero al desarrollo moral normativo, dando cuenta de la problematicidad de estos desafíos.

LAS VIRTUDES Y LAS CIRCUNSTANCIAS

Uno de los focos más recurrentes de los estudios de la psicología empírica en relación a la filosofía moral es el carácter moral. Esto no es casual. La pregunta acerca de la constitución psicológica del carácter moral se localiza en el núcleo de una de las tradiciones de filosofía moral más antiguas y discutidas, la ética de las virtudes. La referencia a Aristóteles y su *Ética a Nicómaco* es fundamental. De acuerdo al entendimiento tradicional, virtudes son disposiciones para la acción gravadas en el carácter. A diferencia del utilitarismo y del kantismo, que se centran en identificar acciones moralmente obligatorias, la ética de las virtudes se centra en el tipo de persona que hay que ser. El valor de las virtudes no proviene de los buenos resultados de los actos virtuosos (aunque podemos suponer que tienen buenos resultados), o del disfrute que su realización produce para el hombre virtuoso (lo que según Aristóteles, es el caso). Su valor es intrínseco, no instrumental. Las virtudes serían necesarias para desarrollar una vida buena. Por lo tanto, una buena sociedad debería fomentarlas.

La acción moral es la que realiza el hombre virtuoso. Siendo la virtud una disposición para la acción, la pregunta acerca de la motivación, es decir la pregunta acerca de por qué actuar de acuerdo a lo que se considera como moralmente correcto –una pregunta que es un rompecabezas para las teorías kantianas y utilitaristas (¿por qué determinar mi voluntad por la ley moral? ¿Por qué actuar de acuerdo al principio supremo de la moralidad?)– no es problemática, ya que en la virtud se incluye la motivación: el hombre virtuoso *actúa* como tal. Si no lo hace, entonces no es virtuoso. Es por esta razón que los defensores de la ética de las virtudes que se concentran en el carácter afirman que esta teoría es desde la perspectiva psicológica más realista que las dos mencionadas.

Las virtudes corresponderían a rasgos profundos del carácter. De un actor moral virtuoso, es decir, uno que tiene gravado en su carácter una disposición a actuar de un

cierto modo (por ejemplo, con moderación o valentía), se espera que de manera consistente actúe de ese modo en toda la serie de situaciones en que ese tipo de comportamiento sea apropiado. Sin embargo, de acuerdo a una larga tradición experimental de la psicología social, el recurso a las disposiciones para la acción parece ser un tiro al aire: científicos empíricos han mostrado que la mayoría de los individuos no se deja guiar por virtudes abstractas (como valentía o moderación). Por el contrario, la actualización de la virtud, es decir la realización de la disposición en la acción, parece depender de elementos a todas vistas irrelevantes para la evaluación de la situación. Esta posición se denomina “situacionismo”. Algunos ejemplos:

Investigaciones experimentales han demostrado que la buena voluntad y el grado de solicitud para ayudar a una mujer cuyo portafolio se acaba de desparramar en la calle es 22 veces mayor si uno acaba de encontrar una moneda en la cabina telefónica (Isen y Levin, 387). O que al situarse en las cercanías de una panadería aromática el grado de probabilidad de ayudar a un desconocido es mucho más alto que al encontrarse en un sitio con un olor neutral. O que transeúntes sin apuro están 6 veces más dispuestos a ayudar a una persona desafortunada en una situación de fuerte angustia que transeúntes apurados (63% *versus* 10%) (Darley y Batson, 105). O que cuando el ruido ambiental se encuentra a niveles normales la disposición para ayudar a una persona en apariencia herida al que se le cayeron algunos libros es 5 veces más alta que cuando hay una cortadora de pasto funcionando en las cercanías (80% *versus* 15%) (Mathews y Canon, 574-575). O que minutos después de haber leído palabras como “honor” o “respeto” se genera y mantiene una tendencia para actuar de un modo más amable.

Si el situacionismo es empíricamente correcto, entonces la fuerte conexión entre carácter y moralidad propuesta por la ética de la virtud se vería, de algún modo, debilitada. La pregunta acerca del carácter virtuoso habría sido sobrevalorada en la moral. A los rasgos del carácter les cabría un rol más bien nimio en la determinación de los motivos de la acción.

Por cierto, el teórico de la virtud puede replicar a las limitaciones situacionistas. La réplica es seria. Después de todo, ¿por qué serían los experimentos de la psicología empírica relevantes para las teorías morales o éticas? La estadística es al fin y al cabo la ciencia que afirma que si usted ha comido dos manzanas y yo ninguna, cada uno de nosotros ha comido una. Por consiguiente, el teórico de la virtud podría replicar que no es el hombre promedio, sino que justamente el hombre virtuoso es el que se deja guiar en su accionar por las virtudes gravadas en su carácter (y, por cierto, hay una minoría de individuos dispuestos a ayudar con independencia del olor o ruido ambiental). Pero incluso así, al menos al nivel de la práctica social la crítica se mantiene: ¿qué valor tiene una teoría moral que se construye recurriendo a recursos no disponibles para la mayoría de los individuos?

¿Qué significa esto para una teoría acerca del desarrollo moral? Teóricos de la virtud suelen promover modelos interioristas del autodesarrollo que recurren a la educación del carácter (aprender a dolerse en lo correcto, etcétera). Por su parte,

situacionistas (que también pueden ser partidarios de una ética de la virtud, pero *de otro modo*) nos llevan de nuevo al mundo circunstancial en el que actuamos. La consecuencia es una advertencia contra las promesas excesivas acerca de las ventajas de la educación moral como educación del carácter. En vez de esto, habría que aspirar a generar aquellos contextos sociales en que se puedan desplegar nuestras excelencias morales. Es decir, general las condiciones que permitan nuestro florecimiento moral. Recurriendo a las palabras de Gilbert Harman, para mejorar el bienestar humano, haríamos mejor en “poner menos énfasis en la educación moral y en la construcción del carácter y más énfasis en tratar de organizar las instituciones sociales de modo tal que los seres humanos no sean puestos en situaciones en la cuáles ellos actuarán mal” (14, traducción del autor).

INTUICIONES Y RAZÓN

Desde mediados del siglo XX los entendimientos racionalistas de la psicología moral han gozado de gran popularidad. Los trabajos de Lawrence Kohlberg han jugado en este entendimiento un papel importante. En esta tradición, los juicios morales se derivan de la aplicación del razonamiento consciente. El desarrollo moral a través de la vida refleja una creciente capacidad para articular razones de peso al realizar juicios morales. De acuerdo a la estructura del desarrollo moral de Kohlberg, la etapa más alta del desarrollo moral se alcanza con la capacidad de razonar sobre principios abstractos y generales, tales como justicia, *fairness* y la máxima kantiana del fin en sí mismo (Kohlberg).

Esta es una teoría neokantiana y como tal, descansa en la capacidad racional. Mediante el uso de la razón (en el caso de Kant, lo que él denomina *razón práctica pura*, es decir razón práctica despojada de todo contenido empírico) podemos descubrir o construir (depende de la posición meta-ética que se sostenga) las acciones morales correctas e incorrectas o, en términos kantianos, la ley moral. Las teorías deontológicas suelen descansar en la razón porque recurren a ejercicios de abstracción y universalización. Ejercicios de este tipo se encuentran detrás de las tres formulaciones del imperativo categórico kantiano (compare la *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*, 1785). Los sentimientos, deseos e intereses propios, es decir, las inclinaciones, no juegan ningún papel en la determinación de la ley moral.

Teorías de inspiración kantiana sostienen lo que los filósofos suelen denominar en términos técnicos, un tipo de *internalismo motivacional fuerte* (Miller). Esta es la tesis de que realizar un juicio moral por fuerza genera una motivación para actuar según lo que este dicte. Por ejemplo, si actor A realiza el juicio moral de que la acción X es moralmente correcta, entonces, actor A genera una motivación para realizar X. Utilizando términos kantianos, la universalización de la máxima trae consigo, por tanto, el deseo de actuar por ésta.

¿Pero, le cabe a la racionalidad –abstraer de las particularidades moralmente irrelevantes, ponerse en el lugar del otro, etcétera– un papel tan preponderante en el

desarrollo de nuestros juicios morales? Algunos de los resultados de la psicología empírica refieren a la importancia de las intuiciones en desmedro de la reflexión. Las intuiciones no seguirían nuestro razonamiento, sino que se retrotraerían a un conjunto (innato y evolutivo) de sistemas afectivos que generan destellos de sensaciones al vernos confrontados a una supuesta violación moral. Algunos de estos experimentos (desarrollados por Jonathan Haidt) recurren a la distinción de Joel Feinberg entre actos dañinos, y actos no dañinos pero ofensivos en relación a normas sociales.

En un muy citado estudio se presenta a los sujetos de prueba una serie de historias peculiares que describen comportamientos que, en sentido estricto, no dañan a nadie, pero que se sienten como incorrectos o malos. En una de estas historias un hombre compra un pollo (ya muerto) en el supermercado, y luego lo cocina y lo come. Pero antes tiene sexo con él. En otra historia un hijo promete a su madre moribunda visitar su tumba cada semana, y luego reniega de su promesa por falta de tiempo. Estos actos no dañinos son considerados como inmorales por la mayoría de los sujetos, pero de un modo similar al caso del incesto consensual (protegido), la mayoría de los individuos los considera como moralmente incorrectos pero son incapaces de articular razones para dar cuenta de la incorrección. Al poner a prueba por qué se toman posiciones morales particulares frente a estos casos, los individuos son incapaces de articular razones de peso (múltiples referencias en Haidt.). Estos son indicios del importante papel que juegan las emociones en el razonamiento moral.

Lo que todo esto parece indicar, al menos en la lectura de la psicología empírica, es que si los individuos no son capaces de dar cuenta de razones de peso para apoyar sus juicios, y en ocasiones de ningún tipo de razón, no es convincente afirmar que ellos realicen sus juicios morales de manera racional. La sugerencia es que estos juicios descansan en respuestas emocionales intuitivas, y que el razonamiento consciente viene después para proveer una justificación *ad hoc*.

Sin embargo, el recurso a las intuiciones, incluyendo también las así llamadas intuiciones bien meditadas que yacen a la base del equilibrio reflexivo rawlsiano (Rawls), no parece ser una estrategia menos dudosa que el recurso al carácter en la determinación del juicio moral. Por una parte, investigaciones empíricas han puesto de manifiesto que las intuiciones de los individuos pueden mudar rápida y radicalmente. Para esto basta con que se modifique un poco y de modo moralmente irrelevante la situación en que las intuiciones son generadas, o con que se describa de manera exacta el mismo estado de cosas pero de un modo superficialmente diferente –cambiando, por ejemplo, el orden de las frases. A este respecto son muy conocidos los estudios de Daniel Kahneman y Amos Tversky. Por otra parte, los resultados de los experimentos realizados por Haydt sugieren –como ya había sostenido la psicología cultural (Shweder)– que las normas culturales y las emociones formadas en la cultural tienen un impacto substancial en los procesos de juicio moral (Haidt).

Si estos resultados fuesen conclusivos, las consecuencias que se derivarían para una teoría sobre el modo de fomentar el desarrollo moral, serían radicales. Deberíamos renunciar

a la formación moral como formación racional. Después de todo, las capacidades racionales solo secundarían, y de un modo supeditado, a las emociones generadas ante situaciones particulares. Y si se comprueba que las intuiciones generadas dependen de la estructura de expectativas sociales o culturales, deberíamos aspirar a general estructuras de expectativas que hiciesen surgir las respuestas emocionales apropiadas en cada caso. De este modo, no habría espacio, o se trataría al menos de un espacio menor, para la formación moral mediante el fortalecimiento de la capacidad racional.

DESARROLLO MORAL

Sin embargo, hay indicios claros de que el situacionismo no es siempre el caso. Con referencia al genocidio en Ruanda Appiah afirma que, como Hutu en ese lugar y momento específico, es probable que ninguno de nosotros habría actuado de otro modo. Pero tanta comprensión situacional puede conducir al menos a malentendidos cuando no a errores serios: no todos los Hutus participaron en el genocidio, y tal como en otros fenómenos de horror de masas, otros Hutus se comportaron de un modo decente, y lo mismo también cabría esperar de cualquiera de nosotros como Hutus. Quizás estos seres humanos decentes a pesar de las situaciones adversas recurrieron en su accionar a intuiciones, o a disposiciones virtuosas, o a cálculos de utilidad, o a dictados divinos, o a la universalización de máximas, o a alguna otra fuente de la moral. Pero una cosa es clara: independiente de la fuerza o debilidad de las teorías morales a las que se remitieron, si es que se remitieron a alguna, o con las que su comportamiento se podría relacionar, ellos no eran en modo alguno el individuo promedio en cuyo comportamiento se basa la filosofía y psicología experimental.

Lo dicho encuentra sustento en algunas lecturas que se puede hacer de descubrimientos asociados a los procesos de decisión en el caso de dilemas morales. Estos son los famosos *trolley*-escenarios². Estos escenarios, de los cuales hasta la fecha se han realizado incontables variaciones, han ocupado y ocupan intensamente a algunas corrientes de la filosofía moral. Considere los siguientes escenarios.

En el primero usted divisa al *trolley* sin conductor. Usted puede tener certeza de que si el *trolley* continúa su recorrido, cinco individuos que se encuentran en los rieles morirán atropellados. Afortunadamente usted se encuentra en el lugar en el que puede mover la aguja y así desviarlo. Desafortunadamente, también en ese caso un individuo que se encuentra trabajando en la línea alternativa morirá atropellado. Cinco vidas contra una. ¿Qué es lo que usted haría? Y la pregunta central para la filosofía moral: ¿qué es lo que usted debería hacer?

Para la gran mayoría de los filósofos que se han ocupado de este caso, así como para los sujetos de estudio en las investigaciones empíricas, la respuesta parece ser

² Escenarios de este tipo ya se encuentran en los casos de trasplantes (con frecuencia discutidos en la literatura utilitarista), así como en la generalización de estos casos en el tratamiento del aborto de Philippa Foot. Una elaboración se encuentra en Judith Jarvis Thomson (1976).

relativamente sencilla: dejar morir a cinco seres humanos es peor que dejar morir a uno. Por lo tanto, se debería mover la aguja y así desviar el curso del *trolley*.

Sin embargo, ahora imagine el siguiente escenario: usted se encuentra cruzando una pasarela peatonal por encima de los rieles cuando divisa al *trolley* sin conductor. Como en el caso ya descrito, usted tiene certeza de que si los acontecimientos se continúan desarrollando sin su intervención, cinco individuos que se encuentran en los rieles morirán atropellados. Afortunadamente, en la pasarela peatonal también se encuentra un hombre obeso, y usted calcula que su masa corporal detendría la marcha del *trolley*. Usted mismo es demasiado liviano para detenerlo con su propio cuerpo. ¿Debería usted dar un empujón al hombre para hacerlo caer a los rieles de modo que al ser mortalmente atropellado detenga al *trolley* en su recorrido? Como vimos, dejar morir a cinco individuos parece ser peor que dejar morir a solo uno. Nada se opondría, entonces, a la conclusión de que habría de darle un pequeño empujón. Sin embargo, la gran mayoría de los sujetos de estudio y de los filósofos afirma justo lo contrario: en vez de intervenir, en este caso hay que dejar que el *trolley* continúe su carrera mortífera.

Por cierto, los filósofos se han esforzado por demostrar que los casos son distintos de un modo moralmente relevante. De acuerdo a la interpretación usual, en el primer escenario usted acepta las consecuencias negativas de una acción encaminada a producir resultados positivos, lo que se asocia con la doctrina del doble efecto, mientras que en el segundo caso estaría tratando a una persona como medio, lo que ofendería nuestras convicciones deontológicas. Pero más allá de estas acrobacias argumentativas (que implican aceptar algo tan discutible como la doctrina del doble efecto), la neurobiología muestra que la diferente valoración de los dos escenarios se retrotrae a los centros del cerebro que son activados en cada caso (Greene).

En el primero, que no incluye violencia directa, los centros activos son aquellos que se asocian con el pensamiento impersonal: creciente actividad en las regiones del cerebro localizadas en la corteza prefrontal que se asocia con razonamiento deliberativo y control cognitivo (funciones ejecutivas). Esto sugiere que dilemas morales impersonales son tratados más que nada como problemas racionales en sentido estrecho (maximización del número de vidas salvadas). Mientras que en el segundo caso, un dilema que invoca violencia personal y cercana (empujar a alguien a la muerte), de manera simultánea se activan y luego se superponen las áreas conocidas por procesar respuestas emocionales negativas. En este tipo de dilemas, los individuos requieren de más tiempo para tomar una decisión y los patrones de actividad mental hacen suponer un conflicto cognitivo y emocional creciente. En el dilema de la pasarela la mayoría de las personas (cerca del 90%) se decide por la respuesta emocional. Y el caso de la pequeña minoría de sujetos de estudio que arrojaría al hombre a los rieles confirma este resultado: también ellos muestran una reacción emocional, que con posterioridad es corregida de acuerdo al modelo del pensamiento impersonal. Por eso necesitan más tiempo para decidirse.

Estos experimentos sugieren algo acerca del importante rol de las emociones en la generación de patrones de juicios morales. Para explorarlo, Antonio Damasio ha examinado el efecto en el juicio moral de daños en una región asociada con el procesamiento de emociones sociales negativas, la corteza prefrontal ventromedial (Damasio). Enfrentados al primer dilema, sujetos con este daño escogen exactamente como la mayoría de las personas sin daño. Pero en el segundo dilema optan por una solución utilitarista afirmando la permisibilidad de arrojar al hombre obeso a los rieles. Estos descubrimientos sugieren la idea del juicio moral como un proceso doble en que compiten sistemas afectivos y racionales (Greene).

Si esto es así gana plausibilidad la idea (defendida entre otros por Lind, *Moralisches Urteilen; Inhalt und Struktur*) de considerar tanto los afectos y la cognición como dos aspectos del juicio moral (según Lind, inseparables pero distinguibles), y considerar que el aspecto cognitivo es una capacidad que puede ser fomentada mediante mecanismos educacionales, es decir, que es enseñable y aprendible. Estos resultados no solo tendrían un valor en sí, como conocimientos relevantes sobre la psicología moral. Además, nos ofrecería un promisorio mecanismo de intervención mediante mecanismos educacionales en la tarea de hacer de nuestro mundo un lugar mejor. En todo caso, si no es posible probar de forma empírica que el *internalismo motivacional fuerte* es una doctrina defendible (es decir, que el juicio moral por sí mismo motiva para actuar según sus dictados), entonces la educación moral debería también hacerse cargo del elemento motivacional que, como la literatura experimental sugiere, se relaciona de manera estrecha con las emociones y así con el espacio contextual.

Universidad Adolfo Ibáñez*
Escuela de Gobierno
Av. Diagonal Las Torres 2640, Peñalolén, Santiago (Chile)
daniel.loewe@uai.cl

OBRAS CITADAS

- Appiah, K.A. *Experiments in Ethics*. Cambridge Mass: Harvard University Press, 2008.
- Aristóteles. *Nicomachean Ethics*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1934.
- Damasio, A. *Descartes Error. Revised edition with a new preface*. London: Vintage Books, 2006.
- Darley, J.M y Batson, C. D. "From Jerusalem to Jericho: a study of situational and dispositional variables in helping behavior", en *Journal of Personality and Social Psychology* 27, (1973): 100-108.
- Feinberg, J. *Rights, justice, and the bounds of liberty: essays in social philosophy*. Princeton, NY: Princeton University Press, 1973.
- Foot, Ph. "The problem of abortion and the doctrine of double effect", en: *Oxford Review* 5 (1967): 28-41.

- Greene, J. y Brian Sommerville, R. Brian/ Nystrom, L.E./ Darley, J.M./ Cohen, J.D. "An fMRI investigation of emotional engagement in moral judgment", en: *Science* 293 (2001): 2105-2108.
- Haidt, J. y Koller, S.H./ Dias, M. "Affect, culture, and morality, or is it wrong to eat your dog?" en *Journal of Personality and Social Psychology* 65 (1993): 613-628.
- Harman, G. "My virtue situation", Disponible en: <http://www.princeton.edu/~harman/Papers/Situ.pdf>
- Isen, A.M. y Levin, P.F. "The effect of feeling good on helping: cookies and kindness", en *Journal of Personality and Social Psychology* 21 (1972): 384-388.
- Kahneman, D. y Tversky, A. "The framing of decisions and the psychology of choice", en: *Science* 221 (1981): 453-458.
- Kant, I. *Grundlegung zur Metaphysik des Sitten*, Preußischen Akademie der Wissenschaften, 1902.
- Kohlberg, L. "Continuities in childhood and adult moral development revisited", en Baltes y Schaie (eds.): *Life-span developmental psychology, research and theory*. New York: Academic Press, 1973, 179-204.
- Kohlberg, L. *Zur kognitiven Entwicklung des Kindes*. Frankfurt: Suhrkamp, 1974.
- Lind, G. *Moralisches Urteilen und soziale Umwelt. Theoretische, methodologische und empirische Untersuchungen. Neuauflage* (original publicado en Weinheim; Basel. Beltz Monographien 1983), 2000a. Accesible en: http://www.uni-konstanz.de/ag-moral/pdf/Lind-1983_et-al-Moral-und-Umwelt.pdf
- *Inhalt und Struktur des moralischen Urteilens* (publicación corregida de la Disertación para obtener el grado de doctor del año 1985). 2000b. Accesible en: http://www.uni-konstanz.de/ag-moral/pdf/Lind-1985_Inhalt-und-Struktur.pdf
- Loewe, D. "La filosofía experimental y la ética del promedio", en *Daimon, Revista Internacional de Filosofía* 47 (2009): 229-238.
- Mathews, K.E. y Canon, L.K. "Environmental noise level as a determinant of helping behavior", en *Journal of Personality and Social Psychology* 32, (1975): 571-577.
- Miller, Ch. "Motivational internalism", en *Philosophical Studies* 139 (2008): 233-255.
- Rawls, J. *A Theory of Justice*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1971.
- Shweder, R. A. *Thinking through cultures*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1991.
- Thomson, J. "Killing, letting die, and the trolley problem", en: *Monist* 59 (1976): 204-217.